



# DANIEL GUILLÉN HIDALGO HAZME REÍR

De Chaplin a los chanantes, momentos  
inolvidables de la comedia

© Daniel Guillén Hidalgo, 2024  
Corrección de estilo de cargo de Ester Jiménez Domínguez

© por el prólogo, Andreu Buenafuente, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2024  
ISBN: 978-84-19812-76-6  
Depósito legal: B. 12.097-2024  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# ÍNDICE

<i>Prólogo: Quien ríe el último, es que no lo ha acabado de entender</i> , por Andreu Buenafuente	13
<i>Introducción</i>	17
<i>I know nothing... I am from Barcelona</i> <i>Fawlty Towers</i> y Manuel	21
Yo soy porque tú fuiste, Jerry Jim Carrey y Jerry Lewis	31
Las dos muertes de Gila Miguel Gila	45
La mente más rápida de la comedia Robin Williams	55
Hay humor negro, y después está... Ricky Gervais	67
El saben aquel que <i>diu...</i> Eugenio	77

Las siete palabras prohibidas en televisión	87
George Carlin	
El universo de las <i>sitcoms</i> de la NBC	99
<i>Friends, Mad About You, Seinfeld, Frasier</i>	
¡Subruralismo, hay que decirlo más!	111
Ignatius, chanantes y José Luis Cuerda	
Reinas de la comedia	125
Lucille Ball y Carol Burnett	
<i>Saturday Night Ego</i>	135
La pelea entre Bill Murray y Chevy Chase	
El hombre de las mil caras	149
Peter Sellers	
¡Y dos huevos duros! En lugar de dos, pon tres	159
Los hermanos Marx y <i>Una noche en la ópera</i>	
Me llamo Bean, Mr. Bean	169
Mr. Bean	
Richard Pryor está que arde	179
Richard Pryor	
De <i>Manicomio</i> a <i>Exit</i> sin decir ni mu	189
Tricycle	
Tomaré lo mismo que ella	197
Nora Ephron y <i>Cuando Harry encontró a Sally...</i>	
Artesanos de la palabra y la música	211
Les Luthiers	
Un tipo salvaje y alocado	221
Los monólogos de Steve Martin	
Apolítico, total. De derechas, como mi padre	233
Berlanga, Azcona y <i>La escopeta nacional</i>	
«Me tiro a Matt Damon»	243
Jimmy Kimmel vs. Matt Damon	

Podría ser peor, podría llover	261
<i>El jovencito Frankenstein</i>	
La manzana de la discordia	273
Tony Leblanc y Andy Kaufman	
Mira siempre el lado bueno de la vida	283
El debate de <i>La vida de Brian</i>	
Tiempos modernos y ruidosos	295
Chaplin, Lloyd y Keaton	
¡Las tapas unidas jamás serán vencidas!	309
Pepe Rubianes	
Una vez maté a un alce	317
El Woody Allen monologuista	
Imaginad: Sicilia, 1920...	327
<i>Las chicas de oro</i>	
Parodia como puedas	339
Los ZAZ y <i>Police Squad!</i>	
<i>Nadie sabe nada</i> , salvo que reír es la única salida	353
Buena Fuente, Berto y el <i>Nadie</i>	
<i>Agradecimientos</i>	363
<i>Glosario</i>	365
<i>Bibliografía</i>	371

# *I KNOW NOTHING, I AM FROM BARCELONA*

*Fawlty Towers* y Manuel

Antes de Barcelona 92, e incluso antes de Messi, cuando hablabas con una persona de Inglaterra (o de cualquier parte del territorio británico, da lo mismo), ya fuera ligando en un pub, pidiendo indicaciones en medio de Londres o en una reunión de trabajo, y te preguntaba de dónde eras, siempre pasaba lo mismo. Y daba igual que tuvieras la mejor pronunciación, perfeccionada en costosas academias o a fuerza de clases particulares. Cuando decías que eras de Barcelona, como respuesta recibías una sonrisa, en el mejor de los casos, o una risa burlona acompañada de un «¿Qué?».

Y entonces te preguntabas: «¿Habré dicho algo mal?». Pero no había que buscar la respuesta en disputas históricas, ni en el hecho de que a los británicos no les gustara la ciudad, ni en el puñado de paquetes que el Arsenal ha colado al Barça desde Petit y Overmars. La

culpa era de un camarero llamado Manuel. Aunque esto es muy injusto...; la culpa, en caso de haberla, era de John Cleese.

Cleese había abandonado los Monty Python harto de la impuntualidad y las ausencias causadas por los excesos alcohólicos de su amigo Graham Chapman, pero también porque veía un estancamiento en la calidad de los guiones de *Flying Circus*. Quería hacer otras cosas alejado de la tropa, aunque este no fue un adiós para siempre; de hecho, siguieron rodando películas juntos. No obstante, sentía que necesitaba hacer algo diferente y, además, quería hacerlo con su mujer, Connie Booth. Nada de embarcarse en otro programa de *sketchs*; le apetecía más una *sitcom*, y por la cabeza le rondaba un personaje inspirado en el propietario de un pequeño hotel en el que se había alojado cuando rodaba con los Python *And Now For Something Completely Different*. El hotel era el Gleneagles, en Torquay, en el suroeste de Inglaterra, y el dueño se llamaba Donald Sinclair.

Cleese quedó fascinado por la manera en que Sinclair, un exoficial del ejército británico, pequeño y enérgico, (mal)trataba a los y las huéspedes: les cerraba el bar en la cara, les gritaba por cualquier cosa y resoplaba sin disimulo cuando le interrumpían en la lectura del diario para solicitarle que llamara un taxi o pedirle algo para comer. Hacía justicia al eslogan con el que el Python definía a la industria de servicios británica: «Podríamos gestionar este negocio, si no fuera porque hay clientes».

La observación de aquel individuo le había proporcionado una serie de anécdotas valiosísimas. Una de



ellas, que explicaba en las entrevistas cuando quería definir la peculiar manera de pensar y de hacer de Sinclair, era la siguiente: Eric Idle, otro de los Python, olvidó su maletín junto al mostrador de recepción un día que iban a un rodaje. Al volver al hotel, le preguntó al director si lo había visto. «¿Un maletín? Ah, sí..., está detrás de la valla, junto a la piscina», le respondió. Sorprendido, el actor preguntó qué hacía su maletín allí. «Pensé que podría ser una bomba», recibió como respuesta. «¡Una bomba!», exclamó Idle. «Sí, hemos tenido algunos problemas con el personal últimamente.»

Antes de escribir el piloto de la serie, llevó a Connie a aquel hotelito para que conociera al tipo del que tanto le había hablado, ya que quería asegurarse de que su mujer percibía como él todo el potencial humorístico de aquel hombre. Y, sí, en la visita confirmó que Sinclair seguía siendo igual de impertinente, de grosero y de gruñón. Así pues, lo tenían clarísimo: harían la serie sobre un hotel que tuviera un director con ese carácter.

Sin embargo, no lo llamarían Sinclair, ya que el hombre se lo podría tomar a mal. El dueño se llamó Fawlty —fonéticamente muy parecido a *faulty*, es decir, «defectuoso»—, Basil Fawlty, y lo interpretó el mismo Cleese, quien, además de imitar algunas conductas del propietario, también aportó mucha cosecha propia al personaje: los gestos exagerados, los cambios de humor, el cinismo...

El contrapunto de Basil sería Sybil, la esposa resignada que va siempre dos pasos por delante de él y que lo tiene atemorizado y sometido. Pero, al contrario que su marido, Connie no haría de Sybil, ese papel fue reserva-

do para Prunella Scales; ella se quedó el personaje de Polly, una muchacha avispada que trabaja en ese hotel de mala muerte hasta que pueda marcharse a cumplir sus sueños de artista. En cualquier caso, al contar con la pareja protagonista, Connie Booth reconoció que escribir la serie fue terapéutico para su matrimonio: «A través de Sybil y Basil, John y yo pudimos verter muchas de las frustraciones internas que teníamos el uno del otro». A pesar de ello, esta especie de terapia no evitó que se divorcieran poco después, aunque siguieron trabajando juntos en la segunda temporada.

Y llegamos al meollo del asunto. El cuarteto protagonista lo cerraba un camarero voluntarioso, pero superado por las circunstancias; un personaje surgido de otra de las cosas que Cleese detestaba cuando iba a hoteles y restaurantes de Inglaterra. Según él, las opciones de que le sirvieran lo que había pedido eran de una entre seis. En aquel momento, gente de todo el mundo iba a Inglaterra a trabajar sirviendo mesas, lavando platos o cocinando, y los empresarios de la hostelería preferían contar con muchas manos y no tanto tener personal que comprendiera todo lo que se les dijera. «Ya aprenderán el idioma», pensaban. Lo que necesitaban era gente que despachara pedidos y, sobre todo, no cobrara mucho; que establecieran una correcta comunicación con la clientela era secundario.

La incomunicación es una fuente inagotable de comedia. Eso Cleese lo sabía bien, ya que había explotado este recurso en diferentes piezas, tanto en *At Last the 1948 Show!* como en *Flying Circus*, en la película *How to*

*Irritate People* o en los vídeos de los cursos de formación para empresas que producía con su compañía Video Arts. Y no hay mejor incomunicación que la que provocan los malentendidos idiomáticos. Por eso el cuarto protagonista de *Fawlty Towers* (u *Hotel Fawlty*), Manuel, sería un español de Barcelona que no sabía ni una pizca de inglés.

Solo había que encontrar a la persona indicada para interpretar aquel papel. Primero pensaron en un actor con quien ya habían trabajado y que acababa de estrenar la comedia teatral *No Sex, Please. We're British!*, en la que demostraba todo su talento de comediante físico. Pero, aunque había imitado mil acentos en otras obras, series y películas, Andrew Sachs no estaba convencido de resultar creíble haciendo de español. «¿Y si ese camarero fuera alemán?», sugirió a Cleese. La respuesta fue una rotunda negativa: «Un camarero alemán lo haría todo bien. ¿Dónde está la gracia en un personaje así?».

En realidad, la petición de cambiar la nacionalidad del personaje no había sido un capricho. A pesar de haber desarrollado toda su carrera en Inglaterra y dominar la lengua de Shakespeare con excelencia, Andrew Sachs había llegado al país del *fish and chips* cuando tenía ocho años, junto con su familia, huyendo del nazismo. «Sin Hitler, yo no habría sido nunca actor», dice en su autobiografía. Así que a Manuel de Barcelona lo interpretó un inglés que, en realidad, era alemán, lo que resulta cuanto menos curioso.

Seis años después de su debut en la BBC-2, *Fawlty Towers* llegó a España. Su estreno en TVE fue todo un

acontecimiento, pues era uno de los programas más venerados y con más éxito de la vasta colección de comedias británicas que llegaban a nuestras pantallas año tras año. Además, venía firmada por un miembro de los ilustres Monty Python. La alta expectación que generó, sin embargo, se contradice con el horario de emisión que le asignaron: los martes a las 16.15 horas.

Pero la adaptación de la serie al mercado español no fue fácil. En la fase de doblaje, surgió un problema grave. Si todos los personajes hablaban en castellano, ¿qué idioma tenía que hablar Manuel para poder mantener los equívocos y malentendidos de la versión original? Se optó por convertirlo en Paolo, un italiano. Y, para complicarlo todavía más, Basil no se dirigía a su empleado en un castellano macarrónico, como en la versión original, sino que le hablaba en francés. Desde las primeras escenas se veía que aquello no funcionaba de manera alguna.

El 3 de febrero de 1981 se estrenó la serie. Al día siguiente, *El País* veía la transformación de nacionalidad de Manuel como un caso de censura:

Los censores de *Mogambo* fueron más rudos, pero los censores de la televisión de ahora han tratado de no irle a la zaga. Pueden los rectores de Televisión Española haber pensado que, para conservar los valores de la serie, había que dar una nacionalidad distinta a la española al característico camarero. Pudieron pensarlo, pero no debieron hacerlo. La censura cabalga sobre caballos irónicos.

Además, a mitad del episodio hubo unos problemas técnicos y se coló el audio de la versión original. Por todo ello, el segundo episodio ya no se emitió. En su lugar, programaron *Los Roper (George & Mildred)*. Un comunicado oficial de la dirección del ente aducía problemas técnicos, pero *El País* insistía en la teoría de la censura:

Los actuales responsables de Televisión Española han preferido suspender la emisión a programar un espacio censurado. Dado el tono de la explicación oficial, es posible que se subsanen los problemas técnicos de doblaje provocados por los censores y que se restituya al actor Andrew Sachs el verdadero nombre y nacionalidad que tiene en la comedia.

Cuesta creer que hubiera una voluntad de censura por parte de RTVE para camuflar el hecho de que un personaje español fuera víctima de los abusos y maltratos de su jefe, como si eso fuera una ofensa a todo el país. ¿No es más plausible pensar que, con la traducción al castellano, simplemente no supieran cómo mantener la comedia de situación provocada por el choque cultural idiomático del original?

\* \* \*

Saltamos cinco años en el tiempo. En abril de 1986, la FORTA (Federación de Organismos de Radio y Televisión Autonómicos) se hizo con los derechos de la serie.

En el País Vasco, la ETB mantuvo la nacionalidad y el habla originales de Manuel, mientras que el resto de personajes hablaban en euskera. Ningún problema. En Cataluña, en cambio, TV3 decidió volver a cambiarle el pasaporte al camarero: Basil, Sybill, Polly y el resto de los ingleses hablaban en catalán, pero Manuel era mexicano y lo hacía en español.

Las cadenas autonómicas decidieron mimar mucho más la serie y la programaron en una franja horaria de máxima audiencia: a las nueve de la noche, justo después de sus telediarios. Fue un éxito arrollador. El Manuel mexicano se convirtió en un personaje icónico tal como lo había sido el original. ¿Se habría producido rechazo por parte del gran público catalán de saber que aquel simpático y voluntarioso personaje era de Barcelona? Quizá sí, pero permitidme que lo dude.

Cuando la serie se estrenó en el Reino Unido, las primeras críticas fueron devastadoras. El *Daily Mirror* tituló «El larguirucho John va corto de gracia», y hasta algunos diarios dijeron que el trato al camarero español bordeaba el racismo. Al numeroso colectivo de españoles que trabajaban en la hostelería británica los equiparaban a Manuel y les repetían las frases que el personaje había hecho célebres: «¿Qué?», «*I know nothing. I am from Barcelona*» o «*I speak English well, I learnt it from the book!*».

Pero mirémoslo fríamente: ¿era Manuel realmente un incompetente? A decir verdad, quien se retrata en cada episodio de la serie es Basil, con todos los líos en los que se mete por su afán de aparentar lo que no es, de

engañar continuamente o de querer ganar por una vez en su desgraciada vida. Y es que Cleese, entonces y después, siempre ha defendido que lo que pretendía con la creación de este personaje era criticar a los hosteleros avaros que preferían pagar poco a quienes no hablaban el idioma del país en vez de formarlos para que pudieran dar un mejor servicio a la clientela. Además, defendía que Manuel «es una persona encantadora que siempre intenta hacerlo todo bien. No se le puede culpar de nada más que de no tener un inglés lo suficientemente bueno. Y aquí la culpa es de Basil, que tendría que pagarle clases del idioma».

Cuando la serie alcanzó el éxito, Manuel se convirtió en un ídolo para el público inglés. Protagonizó campañas de anuncios, fue invitado a varias galas benéficas en todo el país e incluso tuvo una figura de cera en el Museo de Madame Tussauds. Andrew Sachs nunca hizo otro personaje a la altura de aquel camarero, aunque aseguraba que, sin el bigote, el uniforme blanco y la pajarita negra al cuello, la gente no lo reconocía. En su autobiografía, titulada *I know nothing!* [¡No sé nada!], afirmó que «a pesar de que a veces me sabe mal porque parece que Andrew Sachs se ha convertido en Manuel, estoy muy satisfecho de haber formado parte de la historia de la televisión».

Una historia que no habría sido posible si el jefe de entretenimiento de la BBC hubiera hecho caso al informe previo que definía el guion de la serie de Cleese y Booth como «una colección de clichés y de personajes de catálogo que no creo que pueda ser otra cosa que un

fracaso». Y desde luego no lo fue. En el año 2000, el British Film Institute elaboró una lista con los cien mejores programas de la televisión británica del siglo xx. El primer lugar lo ocupaba *Fawlty Towers*.

Cómo diría Manuel: «¿Qué?».

***And Now for Something Completely  
Different...***

John Cleese interpretó a otro hotelero en la película *Ratas a la carrera* (*Rat Race*), de Jerry Zucker, uno de los tres miembros de los ZAZ. Dio vida al propietario de un hotel casino de Las Vegas que tenía un nombre que quizá os sonará: Donald P. Sinclair.